

LA RUTA DE LA MEMORIA

El Getafe hace cincuenta años



Los jugadores del entonces Club Getafe Deportivo de los años 50 se rodean de sus seguidores. Apenas unos años antes, en 1945, cinco aficionados decidían recuperar el proyecto del primigenio conjunto fundado en 1924 y desaparecido en el 33. Se llamaban Enrique Condés, Antonio Corredor, Manuel Serrano, Miguel Cubero y Aurelio Miranda. Gracias a su voluntad y a la colaboración de personajes de la época como el alcalde Juan Vergara, el pueblo tenía equipo de fútbol, en el que años después militaban jugadores de la talla de Cagigas o Verde, ambos en la fotografía.

Sería en esta década de los 50, concretamente en el año 1958, cuando el club alcanzara una proeza quizás equiparable al reciente ascenso a Primera División. Para los lugareños, que disfrutaban del balompié como uno de los pocos divertimentos existentes, supuso una gran satisfacción ver a la entidad subir a Tercera División. Esto significaba entrar en el circuito de los clubes nacionales y abandonar la restringida competición regional en la que habían participado (desde Segunda Regional hasta Preferente, pasando por la Primera Regional). Casi, casi, como la histórica incursión de ahora en la Liga de las estrellas. El ejemplo es válido para llegar a la conclusión de que la verdadera esencia de este deporte sobrevive a cualquier inclemencia. La movilización de la ciudadanía, las ilusiones alimentadas, la rivalidad (bien entendida, al menos eso es lo que se pretende) se aferran a una misma base. Distinto discurso tendría que aplicarse al envoltorio que rodea a esta ancestral práctica. Ahí sí que sería obligado exclamar, ¡Cómo ha cambiado

el fútbol! Primero, no habría más que mirar la instantánea y compararla mentalmente con alguna de las que en estos días son tomadas al Getafe CF.

Desde la indumentaria hasta el balón (de lo más rudimentario, nada comparable a los esféricos sin costuras que se comercializan actualmente), pasando por el terreno de juego. La arena del campo del Regimiento de Artillería donde se disputaron los primeros partidos no es comparable al césped mullido que luce el Coliseum Alfonso Pérez. “Jugábamos en un terreno que había cerca de la Iglesia de San Sebastián, que el alcalde nos cedió sin contratos. Nos vestíamos en la calle del Vinagre hasta que conseguimos construir las casetas, que estaban hechas de tierra, así que se rompían a menudo y teníamos que levantarlas de nuevo. Las vallas las formaban barras de hierro y cuerdas, la tribuna eran cuatro asientos de madera y el resto del mundo se quedaba de pie”, relata Aurelio Miranda, ilustrando perfectamente la picardía con la que hacían frente a los limitados recursos.

Ni grandes mecenas que se prestaran a invertir, ni multinacionales que, estampando sus marcas en las casacas de los jugadores, pudieran aupar el proyecto, ni contratos millonarios. En el Club Getafe Deportivo de los 50 y en el resto de equipos de fútbol coetáneos las cosas aún eran más de andar por casa. “Los viajes de los directivos nos lo pagábamos nosotros, y la merienda también: para los jugadores y para todos”, cuenta Miranda, que añade que incluso en alguna ocasión tuvo que pagarle las botas a uno de los futbolistas.

Noemi Moyano